

5 relatos



Nicolás Buenaventura

El año pasado se publicó en España un libro poco usual. Se trata de *Palabra de cuentero* que recoge 24 relatos, 20 preguntas, 74 respuestas, 50 notas, 17 fotografías, 1 mapa, 1 receta de cocina, 7 notas al margen y 4 tigres. Al menos eso anuncia su primera página. Dedicado a Pilar, el libro es responsabilidad del cuentero caleño Nicolás Buenaventura Vidal.

Nicolás, en la generosidad que lo caracteriza, le ha regalado a *Papel de colgadura* algunos de los 24 relatos, 20 preguntas, 74 respuestas, 50 notas, 17 fotografías, 1 mapa, 1 receta de cocina, 7 notas al margen y 4 tigres que hacen parte de su compendio y que publicamos a continuación.



Palabra de cuentero. Nicolás Buenaventura Vidal. Palabras del candil. 2010

8 carta

Me acuerdo que viví en una casa donde había un niño pequeño, Felipe, y asistí al maravilloso acontecimiento de sus primeros años. Era el hijo de una mujer con la que compartía una casa. Yo no era el padre de aquel niño ni el compañero de aquella mujer, simplemente compartíamos la casa. La madre de ese niño tenía que trabajar. En ocasiones, no tantas, se iba y lo dejaba conmigo. Yo me quedaba, escribiendo y sentaba a Felipe a mi lado o en mis piernas. Él me veía escribir, en aquella época escribía a mano y sobre papel. Un día, - debía tener Felipe, no sé, tres años... - me escribió una carta, me la entregó. Recibí la preciosa carta y le dije: Felipe, estoy muy contento con la carta, pero: ¿me puedes decir que dice? Ah, ah, me contestó, yo sé escribir pero no sé leer.

23 culpa

Caía la noche, me acuerdo... debería decir se derrumbaba. En estas latitudes, los crepúsculos son cortos y la noche no cae, se derrumba. Salí de Bellas Artes. En Cali. Tendría yo unos 15 años y ya me había tragado muchos cuentos. Me había tragado el cuento de la culpa original, con el que crecemos los que nacimos en ese país del Sagrado Corazón de Jesús. Me había tragado el cuento de tener que ganarme la vida, no te la dieron, tienes que ganártela y cuidaba y lavaba carros frente al Instituto Departamental de Bellas Artes. Caminaba por el puente Ortiz y un policía me detuvo. Me pidió mis documentos y, claro, no los tenía. A los catorce años, la identidad no es algo que se pueda cargar en el bolsillo. Decidió que me llevaba a la comisaría.

En el camino me preguntó, así, de la manera más tranquila, si tenía cincuenta pesos (en la época un pan podía comprarse con poco menos de un peso y por cuidar un carro me podían dar hasta veinte centavos). Le dije que no. Que si tenía treinta, me preguntó. Que no. Que si veinte. Que no. Que si diez. Que no. Que si cinco. No. Que ¡idos! (en la época había billetes de dos pesos). Aunque debía tener dos pesos y más en el bolsillo, me producía pánico la sola idea de comprar a un policía. Era incapaz de pronunciar otra cosa que mi terco monosílabo: ¡No! Seguramente creía, con mi adolescente paranoia, que me estaba engañando para que cometiera el delito de intentar sobornarlo y poder detenerme. No tiene nada de extraño que en Colombia, un muchacho, tanto en los años setenta como en estos dosmiles, piense que para lo que están los policías es para meter presa a la gente y que somos culpables mientras no demostremos lo contrario.

Bajó sus exigencias al peso, lo que era una suma irrisoria. Como no cedí, terminó encerrándome, pero lo hizo como con lástima, como a pesar de sí mismo. Tardé en entender que el asunto era al revés. No me estaba poniendo a prueba, no quería meterme preso. El que no intentara sobornarlo significaba que ni siquiera valía lo que le estaba negando. Significaba que no lo reconocía, que no respetaba su autoridad.

Como no consiguió redimirme, terminé la noche lavando inodoros en la estación de policía de la avenida 3.^a, frente al puente de los bomberos.

119 hogao



Mongo Santamaría, *Sofrito*. Vaya records 1976

Un buen hogao (también le dicen *hogo* y hay quienes escriben *ahogao*) se prepara con tomates, de los pequeños, pelados y picados. Un picadillo muy fino de cebolla larga y cabezona. Uno o dos ajos machacados. Un par de ajíes dulces, bien picados. Un poco de sal. Un poquito (la mitad de la cantidad de sal) de panela rallada o en su defecto, azúcar morena. Pimienta. Y tres cucharadas de aceite, el de olivas le va muy bien. Se calienta el aceite, se le echan todos los ingredientes, se sofríe a fuego lento y se revuelve, delicadamente, con una cuchara de palo hasta que quede una salsa suave, homogénea. Queda sabroso y alegre si se prepara escuchando “Sofrito” de Mongo Santamaría, la versión de la Fania le va muy bien.

[akpani]



138 Alameda (cine)

Hoy en día es el templo de una secta. Como la mayoría de los cines de la ciudad en la que crecí: el Bolívar y el Calima, en la avenida 6ª. Los Cinemas, en la Calle del Pecado (así llaman a esa calle, y de la zona se dice que era de tolerancia). El Cid, en pleno Centro. El Asturias, frente a la bomba El Triángulo. El Maria Luisa, y a la vuelta, el Libia. El Colón, a la vuelta del Aristi. El Ángel, donde había que ir con dos ladrillos, uno para sentarse y otro para defenderse. El San Fernando. Allí en el San Fernando, en el cine Alameda y en Ciudad Solar, (una casa colonial, del centro de Cali, tomada para el cine) asistí, durante años, a las proyecciones que organizaba Andrés Caicedo. Cada sábado, una nueva aventura cinematográfica. En mi infancia fue muy importante haber conocido a ese joven escritor, ebrio de talento que a tantos nos dejó huérfanos. Recuerdo que la noticia de su muerte nos alcanzó en Polonia, estábamos en un tren. Yo tenía 15 años y estaba de gira con el TEC, de pronto todo se puso triste, la gente, el tren, el paisaje...

Allá, donde está, a Andrés le debe doler que los cines de barrio de Cali sean templos de sectas y que los nuevos cines estén condenados a los centros comerciales.

[influencias]

Página anterior Antiguos cines de Cali

De izquierda a derecha y de arriba a abajo: Variedades (hoy es una unidad de la fiscalía para menores), Cine Lux (un bingo), Cid (cabinas telefónicas y parqueadero), Rívoli (una miscelánea), Aristi y Colón (los dos son librerías).

Fotografías: Carlos Dussán Gómez / cactus.com.co

146 Cali

Mi arte para los apodos se lo debo a años de estudio en varios colegios o planteles educativos, como dicen los enterados, de la ciudad en la que nació, crecí y viví hasta los 28 años, Cali. Allí todo es susceptible de cargar con un apodo, con un sobrenombre. Hasta para la palabra apodo tenemos un apodo, decimos chapa. Pues bien, en Cali hay un puente que tiene una chapa monumental, como dije, a nada ni a nadie se le discrimina, hasta los puentes pueden ser apodados. Se trata de un puente elevado, ubicado en la calle 5ª a la altura de la Universidad Santiago de Cali. La calle 5ª es un río con un gran caudal de automóviles. Por un lado del puente, a babor remontando la quinta hacia el Centro, se accede a él mediante una rampa para minusválidos, y por el otro, ¡una escalera! Esta audacia arquitectónica le ha valido el sobrenombre de El milagroso.

[un viaje, TIEMPOS y
tiempos, y otros]





Nicolás Buenaventura Vidal es hijo de Enrique Buenaventura y Jacqueline Vidal. Nieto de Cornelio Buenaventura y Julia Emma Alder. Bisnieto de Nicolás Buenaventura y Dolores Torres. Tataranieto de Antonio Buenaventura y Gertrudis Martínez. Tatarabisnieto de Manuel Antonio Buenaventura y Petronila Herrera. Bistataranieto de Manuel María José Buenaventura y Francisca Martínez. Bisbistataraneito de Jacinto Mateo Antonio Vicente Buonaventura y Gertrudis Calderón de la Barca. Bisbistataranieto de Antonio de Buonaventura y Vicenta Lombardo. Cuentero.